

¿CÓMO SE SIENTE?

Hoy he vuelto a soñar, me he despertado en mitad de la noche cubierto de sudor, con la vaga idea de un viaje aun rondando mi mente. Cuando he alcanzado la libreta todo recuerdo se había evaporado y solo quedaba en la habitación el testigo sonoro de mis aceleradas pulsaciones. La luz de la mesilla ilumina los tres viales de felicidad que tomé antes de acostarme, como último recurso. He agotado todas las existencias que me puedo permitir antes del examen psicosomático trimestral. Llevo semanas evitándolo con la excusa de un resfriado, pero hoy tendré que afrontarlo como sea. Respiro para sosegar el miedo, dejo la mente en blanco y trato de internarme en la rutina, impasible. Toda una vida de aprendizajes se han borrado en apenas unas semanas, desde que las pesadillas llegaron. Nos enseñaron sobre ellas en el colegio, uno de los primeros dominios a controlar tras las expresiones faciales. Tuve que recurrir a esas viejas enseñanzas para identificar el problema que intento solucionar, aunque de esta segunda parte nada se menciona y temo que compartirlo ponga en riesgo todo lo que he alcanzado. Mi apartamento, el despacho propio; en la próxima revisión anual me corresponde el coche. Incluso mi madre consiguió viales de júbilo para todos y celebrar mi ascenso. No les puedo defraudar, no debería siquiera sentir temor sin consumirlo y aquí me encuentro, alterando el registro de sueño con la esperanza de mantenerlo perfecto.

Mis compañeros de trabajo, mis vecinos, todos los habituales con los que me relaciono a diario no han notado cambio en mí, gracias a que de alguna manera mi cara sigue siendo igual de impasible que siempre. Por suerte no veo a mi familia tan a menudo. A los ojos de una madre no se les escapa nada. Desearía poder hablarlo con ella, pero sé que le preocuparía inútilmente y su salud ya está bastante delicada. Los últimos meses he tenido que dedicar parte de mis ganancias a sus viales de esperanza y aun así parece haberse rendido, en sus propias palabras, “como si hubiese llegado su momento”. Los médicos insisten en que todas las pruebas están correctas, que unas buenas vacaciones le ayudarán a estar mejor. Ahora lamento no haberme ido con ella de viaje. Quizá un cambio de aire es lo que necesito para dejar atrás las pesadillas. En el trabajo la ansiedad que siento sin consumirla se apacigua. Rellenar columnas de números, cotejarlos con fórmulas y transformarlos en gráficos me evade de la realidad. Siempre ha sido así, desde que en la escuela nos mostraron los números, las matemáticas han sido mi pasión. No la parte tediosa de investigación que realizan los científicos, sino su análisis, su ordenación. Mi madre llegó a testear mis emociones por si se tratase de un comportamiento obsesivo, pero los resultados fueron igual de buenos que sus análisis. Lo malo comienza al llegar a casa, por mucho que retrase la hora de salida o me entretenga en el camino, al entrar en el apartamento siento una opresión en el pecho de la que no consigo deshacerme. Me niego a conducir hasta las afueras de la ciudad para conseguir un vial diferente. Algunos funcionan, otros no, pero todos tienen efectos secundarios que no me puedo permitir tan cerca de una revisión. Si lo sé es por el recuerdo de la degeneración de mi padre, que tras perder el empleo

¿CÓMO SE SIENTE?

trató de vivir fuera de la sociedad y acabó en coma debajo de un puente por sobredosis de un vial desconocido. Ya nadie le visita en el hospital, pero los médicos nos pidieron mantenerle allí para analizar su caso, en busca de una cura para otros pacientes adictos en rehabilitación.

El parque es mi lugar favorito para detenerme al salir de trabajar. Hay algo en los árboles, en el sonido de las hojas, que desde el comienzo de los episodios también calma mis emociones. Es complicado para un hombre de mediana edad sentarse en un banco rodeado de madres con hijos, por eso no puedo permanecer mucho rato, pero es el único remedio natural que he encontrado. Así que trato de visualizarme allí mientras la enfermera coloca sensores sobre mi cuerpo desnudo, cubierto por una fina sábana, y el médico me hace las preguntas rutinarias del examen. Sé que las contesto perfectas, con la suficiente verdad en ellas para no levantar sospechas. Es la segunda vez que pasa las hojas del informe y mis ojos están empezando a denotar impaciencia. Antes de que pueda añadir algo más, me encuentro solo en la habitación, con la indicación de volver a vestirme para recibir los resultados tras la puerta contigua. No escucho conversación alguna, solo el teclear del ordenador y el movimiento de las hojas, que nada se parecen a las ramificaciones verdes de los árboles. Ellas sellan mi destino sin que pueda verlas, sin que me ayuden a respirar. Y la temida noticia cae sobre mí al sentarme frente al doctor. No debería llorar, no debería golpear su mesa con fuerza, pero todas las emociones contenidas brotan en un estallido al ver el sello con la calificación “no válido”. Sus recomendaciones no son nada alarmantes: tomarme un descanso, tratar de desconectar, consumir algunos viales extra de relajación. Pero me niego a seguir escuchando su sarta de mentiras. Si algo de eso fuese a funcionar, ya lo habría hecho. La verdad es que esperaba que me detuvieran tras el primer grito, que me hiciesen ir hasta el puesto de actualización de estado, pero pude salir de la clínica por mi propio pie, corriendo y llorando por la frustración de los acontecimientos.

No se trata de la dificultad del tratamiento, el problema es todo lo que subyace a ello: una bajada salarial notable, la retirada de privilegios para acceder a ciertos viales, el juicio social... En el parque, en soledad, nadie juzga lo que hago y puedo ser así. La imagen de los árboles se cuela en mi mente mientras regreso a casa con las prescripciones aplastadas dentro de mi mano. Las tiro a la basura nada más entrar. Mi madre me ha llamado varias veces, también mi jefe ha recibido el informe y me informa de mi nuevo lugar de trabajo en la oficina. Aún recuerdo las funciones de hace cinco años, pero no quiero leerlas. En su lugar cojo la mochila de montaña, que no uso desde niño, y la lleno de comida y otros utensilios. Sé que tengo tiempo para coger el último tren hacia el monte ¿por qué lo sé? No estoy del todo seguro, pero allí, entre los árboles, puede que me despierte y todo haya sido un sueño. He dejado en casa toda la tecnología. Quizás así no me encuentren, si el día resulta ser real. Le he dejado un mensaje de despedida a mi madre; puede que ya lo haya escuchado y tenga que

¿CÓMO SE SIENTE?

inyectarse algo de alegría. Yo lo habría necesitado. Pero la pena ha desaparecido de mi cuerpo al vislumbrar las primeras copas de los árboles.

El aire fresco en mis pulmones ha terminado de limpiar las dudas en mi mente cuando he tomado la primera senda sin comprobar el camino. Presupongo que no ha pasado más de una hora cuando me detengo a sacar la linterna y la chaqueta. Por suerte la luna brilla imponente sobre los árboles, dibujando sus siluetas en la penumbra de la noche. Sorprendentemente no me siento cansado ni preocupado. Estoy experimentando emociones tan naturales como en la juventud, en la que soñar con mundos imaginarios atrapados en las raíces del bosque era gratis. Incluso he recordado un verano en la playa con mis padres y una acampada que no soy capaz de situar en el tiempo. Hace ya bastantes pasos que he dejado de pensar en los viales; si me estoy volviendo loco, que así sea. De momento es lo más divertido que me ha pasado desde mi octavo cumpleaños, en el que decidí apagar las velas hundiendo la cara en el pastel. Me detengo en un pequeño claro, protegido de la intemperie por los imponentes robles. Sé que es el lugar perfecto para pasar la noche ¿cómo lo sé? No tengo ni la más remota idea, pero también sería capaz de montar una tienda de campaña si la tuviera. La temperatura no es tan baja como para necesitarla y no me encuentro en una zona de tránsito animal ¿cómo lo sé? Ni idea, pero por hoy he acabado de hacerme preguntas. Coloco varias mantas en el suelo, enciendo una diminuta hoguera a su lado y ceno las barritas energéticas que quedaban en los armarios de casa. En parte, tenía ganas de ascender para conseguir una mascota, un perro fiel con el que tener la excusa de ir al parque todos los días. Seguro que le habría encantado pasar la noche bajo las estrellas a mis pies. Ese último pensamiento se convirtió en sueño aquella noche; el sueño más bonito y pacífico que podía recordar. Al abrir los ojos, acariciado por los primeros rayos de sol, no me arrepiento de que el día anterior haya sucedido tal y como pasó.

No tengo las provisiones necesarias para continuar y el tiempo empeorará por la tarde. Sé que debería sentir miedo, por llevar casi 24 horas sin tomar los viales de compensación emocional, pero en su lugar siento un júbilo que me impulsa a seguir ascendiendo la montaña. A media mañana ya he localizado un riachuelo, en el que he aprovechado para lavarme la cara y recargar la cantimplora, encontrar comida será más complejo. Es la primera vez en años que me siento dueño de mis pensamientos, casi por automatismo camino entre raíces y musgo sabiendo encontrar el sendero adecuado mientras repaso mi vida dejándome sentir. ¿Cuándo fue la última vez que sentí las lágrimas genuinas caer por mis lágrimas? Si pudiera hablar con mi yo bebé, tendría la respuesta, aunque también han aparecido en mi mente recuerdos de la pérdida de un perro que nunca tuve y una pareja que se fue demasiado pronto. Quizá sean recuerdos bloqueados de historias que me contaba mi madre en la cama. Quizá me esté volviendo definitivamente loco por la falta de alimento. Algunas bayas y setas, que he identificado como comestibles, me han permitido seguir adelante. Nunca había

sentido un aire tan puro como el del bosque, que se despliega allá hasta donde alcanzo la vista. Ahora que he llegado a un mirador, en lo alto de una cima, identifico lo que puede tratarse de un asentamiento humano. Aún quedan un par de horas hasta que el atardecer haya concluido, y una única columna de humo se desplaza entre las copas de los árboles, disolviéndose antes de tocar las nubes grises que amenazan con humedecer el paisaje. Sin demasiadas ganas de encontrar compañía, me dirijo apresuradamente hacia lo que supongo que es una vieja cabaña en el bosque, que sirve de refugio para otros excursionistas más experimentados que yo.

Las ventanas cubiertas con vaho me impiden ver el interior de la cabaña, pero por la luz que se cuela debajo de la puerta preparo mentalmente mi introducción al guardabosques a cargo. Sé que debo sonar convincente para no levantar sospechas que puedan llevarme de vuelta a la vida de la que intento escapar. Al cruzar el umbral, mis párpados se ven obligados a cerrarse por el exceso de luz blanca. Mi nariz se arruga al recibir un olor similar a la lejía en lugar del fuego que tampoco escucho crepitar. La voz de una mujer me recibe, temerosa. Abro lentamente los ojos para encontrarme con una anciana en bata, que me observa mientras le explico la excusa de mi presencia. Ahora me percató de que yo también estoy asustado, pues el lugar en el que me encuentro parece más un laboratorio que una cabaña y su anfitriona tiene un bisturí en la mano. Es una emoción que llevo años sin sentir, desde que aprendí a montar en bici por primera vez. Luego los viales lo suprimieron completamente, como todo lo demás. Puedo notar el latido acelerado de mi corazón recorriendo todo mi cuerpo y el sudor de la caminata se está acentuando todavía más, a pesar de estar quieto, congelado, aún con el pomo de la puerta en la mano.

La anciana parece leer todos los síntomas, respira tranquila y deja el bisturí sobre una encimera de metal, invitándome a tomar una butaca junto a la estufa central de la cabaña. Todo el interior, decorado con láminas metálicas, brilla con los reflejos de las luces led colocadas en el techo. El lugar parece sacado de una película de ciencia ficción antigua, pienso, sin recordar haber visto nunca ninguna. Mis nervios se calman cuando me ofrece un té caliente y se empiezan a escuchar las primeras gotas caer sobre las tejas. Instantes después el chaparrón nos impide comunicarnos sin gritar, por lo que la anciana se levanta y pulsa un botón en la pared que hace aparecer una escalera hacia el sótano. Allí todo ruido se desvanece y la estancia se parece más a las clásicas habitaciones de una cabaña. Me pregunto por qué no lo construyeron al revés, pero decido seguir escuchando sus historias. Mejor eso que hacer frente a las posibles preguntas sobre mi procedencia. Sobre la alfombra en el centro de la estancia hay un perro viejo, que levanta la cabeza al escucharnos llegar y vuelve a dormirse. Algo dentro de mí me impulsa a sentarme a su lado, acariciándole con cuidado para no despertarlo. Su dueña me indica cómo hacerlo, pero mis manos no dudan en sus movimientos, como si ya hubiese cuidado antes de otra mascota que no recuerdo. En cambio, ella parece recordar todas las aventuras de su vida con sumo detalle. Antes de sentarnos a

¿CÓMO SE SIENTE?

cenar me ha relatado su vida en la ciudad como asistente genético y su exilio al campo cuando decidió que había visto suficiente. Nunca había escuchado que existía semejante trabajo, pero fuera de mi rama de especialidad, es posible que existiese algo similar. Al fin y al cabo, alguien debe estar a cargo de crear los viales y asegurarse de que funcionan correctamente. Hasta ahí llegan mis conocimientos sobre lo que creo que está tratando de explicarme. El día ha estado tan lleno de emociones que no puedo evitar sentirme cansado, cerrando los ojos hasta el día siguiente. La respiración del perro acompaña mis sueños, no pesadillas, sobre un pastor animal guiando mis pasos hacia horizontes que estoy seguro de haber visitado.

Por la mañana, la anciana duerme en la cama y me ha colocado una manta sobre mí, o quizá sobre el perro que me ha despertado al estirarse. Cuando me incorporo, aprovecha para beber agua de su cuenco plateado. El ruido despierta también a la anciana, que aún en bata de trabajo, pone a preparar un té, observando, como esperando a que algo suceda. Le agradezco su hospitalidad y me ofrezco a ayudarla con las tareas que necesite hasta que pase la tormenta. Sonríe añadiendo que puedo quedarme todo el tiempo que quiera. Sigo practicando mentalmente el discurso inventado sobre mi pasado y presente, por si en algún momento llegase la pregunta que no sale de sus labios. Parece más interesada en observar mis interacciones con el entorno. Una vez saciadas las necesidades de alimento y cobijo, estoy mucho más tranquilo. Sentir el cansancio de los días anteriores es como llevar una losa sobre los hombros de la que no puedo desprenderme. En la ciudad me habrían concedido un vial de descanso, si las causas fuesen justificadas. Ahora intuyo que para recuperarme necesitaré varios días. Antes del mediodía suena una alarma en la cabaña, momento en el que la doctora me pide subir a por un paquete a la puerta. La caja es bastante grande, incluso para mi envergadura, y el perro cruzando bajo mis piernas me dificulta llegar hasta el sótano. La señora se ríe al verme trastabillar con la alfombra. Abre la caja y empieza a colocar su contenido por las estanterías. Me explica que el gobierno le provee de todo lo necesario para continuar con su investigación, pero que prefieren mantener el mínimo contacto con ella. Los sistemas remotos son algo bastante habitual en nuestra sociedad, es lo primero que puedo entender de todo lo que me ha contado. Mientras ella continúa con su tarea en el laboratorio, yo me quedo jugando con el perro en el sótano. Lluve demasiado como para salir a pasear de forma segura, aunque me encantaría llevarle conmigo. En sus ojos encuentro una sensación familiar, que no logro todavía identificar.

Cada vez me preocupa menos el pasado, la ciudad y las personas que he dejado atrás. Al llegar la tercera noche me doy cuenta de que es el primer día en el que no he recordado a mi madre. Si también pudiera sentir con libertad, estoy seguro de que estaría muerta de preocupación. El nudo en el estómago ha desaparecido y aún con la incertidumbre de mi futuro, la anciana ha conseguido calmar mis nervios lo suficiente. En los momentos que compartimos, ella sigue transmitiendo los progresos de su

investigación, de la que apenas comprendo lo básico, entendiéndolo únicamente que el gobierno necesita implementar el programa de viales a toda costa. Ella no está de acuerdo, sostiene que la pirámide de población debería sustentarse de otra manera más real. Los números son lo único con lo que puedo conectar de su discurso y pensándolo bien, el equilibrio que la humanidad ha obtenido para sobrevivir en el planeta sin agotar sus recursos es asombroso. Nuestro compañero de cuatro patas también parece acostumbrado a los monólogos de su dueña. Apenas reacciona cuando grita o arremete contra sus instrumentos de laboratorio. Desde el sótano, ninguno corremos a su auxilio, ya aprendí ayer que no necesita nuestra ayuda para sosegar. Me sorprende la cantidad de información, archivadores y libros que ha recopilado y anotado. Ni en varias vidas habría podido yo leer y escribir tanto material como ella. Esperando a que pase la tormenta me he tomado la libertad de hojear algunos de ellos para encontrarme con fechas muy anteriores a lo que llegamos a estudiar en el colegio.

El día siguiente amaneció soleado y con un ladrido del perro, que reclamaba salir urgentemente a hacer sus necesidades al exterior. La doctora me deja acompañarle, midiendo su aprovecharé el momento para no volver. Lo sé porque yo también lo he pensado, pero deseché la idea por la comodidad de la cabaña. Tengo claro que no me va a delatar, ni siquiera me ha ofrecido los viales que tiene en el laboratorio. Así que salgo sin chaqueta a pasear entre los árboles. El perro me lleva por entre la todavía mojada maleza, entre helechos y raíces, llegamos a un claro con un riachuelo. Algunos animales pequeños aprovechan también para tomar el sol, pero se ven obligados a huir al escuchar al animal tratando de perseguirlos. Permanezco un rato de pie, disfrutando del aire puro, la calidez de la mañana y la felicidad del animal, que no para ni un segundo. Sé que luego me tocará limpiar todo el barro de su pelaje antes de entrar a la cabaña. Sin duda, no tengo ninguna razón para buscar otro refugio. He tenido suerte al encontrarlo y pienso aprovecharme de ella hasta que se agote. Bastante me ha tocado luchar en la vida como para dejar pasar una oportunidad así. Es lo que siento y lo que también la lógica me incita a pensar. La naturaleza me ha traído una paz mental que impide a mi mente volar hacia futuribles catastróficos, como hacía antes, y la falta de obligaciones también me han quitado otro peso de encima. Por supuesto que seguiré ayudando en la cabaña, sin molestar a mi anfitrión, pero no puedo sacarle ninguna pega a hacerlo.

Al menos eso pensaba hasta nuestro regreso al refugio. En previsión de nuestra llegada, la anciana ya ha dejado en el porche un par de toallas, con las que limpio al perro antes de entrar. También aprovecho para quitar el barro de mis botas y dejo que las toallas se sequen al sol mientras el perro corre al encuentro de su dueña. Da vueltas alrededor de su silla hasta que recibe las caricias necesarias para acurrucarse en sus pies a dormir. La sala metálica contrasta tanto con el exterior, que preferiría estar en el sótano en lugar de a su lado respondiendo un interrogatorio sobre mi vida.

¿CÓMO SE SIENTE?

He decidido que no tiene sentido mentir si quiero quedarme, así que respondo con sinceridad a todo lo que ella pregunta y luego anota en una libreta. Hemos empezado hablando de los recuerdos de mi infancia, pero sé que llegaremos a las razones por las que me encuentro aquí en algún momento del día. Al final esa pregunta llega antes de cenar, cuando ya estamos ambos en el sótano y la señora se ha quedado a gusto de recoger muestras de mi cuerpo: sangre, saliva, pelo... No tenía ninguna buena razón para negarme y una muy buena para cooperar. Parece especialmente interesada en mis sueños, en las sensaciones que he estado experimentando los últimos días, y en la manera en la que he engañado al sistema para que no identificara mis pesadillas. Después de la cena he continuado aclarando las emociones presentes y el futuro que espero poder compartir en la cabaña. Simplemente ha asentido ante mi alegato, absorta en su cuaderno y las notas que quería revisar. La invitación a quedarme lleva incluida la realización de un examen completo al día siguiente, me informa iniciando su ascenso al laboratorio para dejarme dormir. Quizá debería sentirme como un conejillo de indias atrapado entre las paredes de un laberinto, pero sé que la puerta no tiene cerrojo y que si su fiel compañero ronca a pierna suelta, yo también puedo hacerlo.

La doctora no me priva del paseo matutino por el bosque junto a su perro, a sabiendas de que el resto del día lo invertiré con ella, entre escáneres, resonancias y otras máquinas que desconocía. Buscando algún tema del que hablar mientras esperamos a los resultados, intento indagar un poco en su pasado con preguntas abiertas a las que responde con monosílabos. A la hora de comer acaba por cansarse de las interacciones y me pide detener el interrogatorio para proteger su salud. Me parece una petición razonable tomando en cuenta las bolsas debajo de sus ojos. Parece que el cansancio empieza a poder más con su cuerpo que la curiosidad que impulsa a su mente. Mi presencia sin duda ha perturbado su rutina, obligándola a dormir una siesta infinita durante la tarde que aprovecho para leer el diario de campo. Soy el sujeto, el paciente, por lo que la información es para mí, razono con la adrenalina corriendo por mi cuerpo. El hormigueo de la sangre impulsa mis ojos de lado a lado, línea tras línea. Agradezco que mi anfitriona tenga buena letra para poder entender sin dificultades la mayoría de sus anotaciones. Los datos médicos se entrelazan con reflexiones acerca de mi peculiaridad: un sujeto sin secuelas por los recuerdos de vidas pasadas, con un cuadro médico normal, sin alteraciones biológicas o psicológicas. La palabra prematuro aparece subrayada varias veces. Después hay una serie de nombres escritos en cascada junto a fechas pasadas. Ninguno me resulta familiar salvo el último, pero una maraña de sueños se sucede por la noche, mientras sus ecos me impiden descansar todo lo que me habría gustado.

Al día siguiente me armo de valor para preguntar a la anciana sobre los nombres de la libreta, confesando la trasgresión del día anterior. De nuevo, me sorprende la tranquilidad con la que asimila el delito y sus preguntas acerca de las pesadillas. Acabamos invirtiendo toda la mañana en hacer un viaje en el tiempo a través de su

¿CÓMO SE SIENTE?

ordenador, en las que veo imágenes de mí mismo en gabardina, otras con bigote, en otra con unas ridículas gafas diminutas... Le pido que se detenga en la de un sujeto al que acompaña un perro, porque lo identifico como el animal de mis sueños. Sus pupilas negras me observan, como si me hablasen desde los píxeles de otra vida. La doctora me recuerda que podemos detener la explicación en cualquier momento, pero le pido seguir. Comprueba mis constantes vitales y lee el informe del guardabosques, que hace varios siglos, cuidaba del terreno que nos rodea junto a su fiel compañero. Encontrar la explicación a mis sueños, mis emociones, me genera más preguntas que tranquilidad ¿Qué más sentiré? ¿Qué otras cosas puedo recordar? El monitor de mi anfitriona empieza a emitir pitidos agudos acelerados. Lo silencia, apaga la pantalla y todo se queda en negro. Solo se percibe la claridad del día por las cortinas. A mi lado, sus dedos canosos se entrelazan con los míos mientras intenta calmarme con susurros que no alcanzo a entender. En un segundo se ha tornado todo tan ruidoso que siento el latido de mi corazón hasta en las puntas de los dedos... Apenas puedo mantener la respiración acompasada con los movimientos de la doctora en mi pecho... Seguro que la habitación no está tan oscura como me lo parece a mí... Los pensamientos se arremolinan en mi mente, no me permiten recordar cómo se respira, cómo se sostiene el cuerpo, cómo enfoco la vista, cómo se traga saliva... El tacto húmedo de una lengua en mi mano me devuelve los sentidos. El ladrido me despeja la mente y puedo tomar una gran bocanada de aire para regresar a la cabaña.

Después de un té y una siesta hasta casi el anochecer, la mujer me explica que he sido víctima de un ataque de ansiedad; algo normal en las personas con recuerdos del pasado y que suele terminar con su vida. No quiere andarse con rodeos ahora que he sufrido el síntoma más común, tarde según los estudios, pero ya está presente. De acuerdo con la información del gobierno, las personas en mi situación suelen elegir el suicidio dentro de las primeras veinticuatro horas o desarrollan una demencia extrema que acaba con ellos en menos de una semana. Yo estoy fuera de cualquier estudio, pues en mi cerebro se han compartimentado las vidas sin destruirse unas a otras. Esa es su tesis principal, que quiere demostrar con el tiempo que permanezca a su lado. Solo tengo una pregunta, ¿por qué? No se puede saber, quizá sea el siguiente eslabón en la evolución. Me da lo mismo. Si puedo elegir vivir, es lo que haré. La doctora sigue reticente a contarme el principio que rige nuestra sociedad, pero promete hacerlo mañana, cuando haya descansado y recobrado las fuerzas. Tengo que agradecer la actuación de su perro, así que mientras me explica otras técnicas que puedo utilizar para calmar los nervios, acaricio al animal hasta que se queda dormido de placer. Yo hago lo mismo a su lado, dejando que mi cabeza suba y baje con sus largas respiraciones.

Por las ojeras de mi anfitriona deduzco que ella no ha descansado tan bien como yo. Ha pasado la noche monitorizando mis movimientos y pregunta interesada por mis sueños. Esta noche no he tenido ninguno, solo recuerdo cerrar los ojos y volver

a abrirlos cuando el cáñido se ha levantado, impulsado por el olor a comida. Tras una serie de preguntas de comprobación, la doctora se prepara para acompañarnos en el paseo matutino. Hay conversaciones que prefiere mantener al aire libre, comenta en un susurro apenas audible. Entonces entiendo que quizá no soy un invitado en su casa, sino un nuevo prisionero en la cárcel del gobierno. Nos encontramos en un lugar lo suficientemente remoto como para que nada ni nadie localice nuestra posición. Mi llegada fue una casualidad, fruto de la experiencia en vidas pasadas. Ya no existen los trabajos en la naturaleza, las máquinas se encargan de todo por nosotros, incluso el dron que nos facilita la comida cada día. Es muy posible que la cabaña entera esté siendo monitorizada constantemente y por eso la doctora prefiere escribir en papel. Todas estas suposiciones son confirmadas por sus labios nada más bajar los peldaños de madera que separan la estructura del bosque. La sociedad necesita una estabilidad, una serie de mentiras, que permitan a la humanidad sobrevivir sin consumir todos los recursos del planeta. Hace siglos adquirimos la capacidad de clonar a los humanos, con las modificaciones genéticas pertinentes para inmunizarnos frente a plagas, enfermedades y otras epidemias. Solo hay un problema residual: los recuerdos del pasado. En los primeros años, las personas clonadas buscaban imposibles en sus vidas y eso terminaba con su vida demasiado pronto. Así que se empezó a aplicar un borrado de memoria completo: las células recordarían únicamente las características relevantes para la supervivencia, no las experiencias vitales individuales. Para afinar todavía más la maquinaria se creó el sistema de viales, con el que se asegura la continuidad del sistema al mismo tiempo que se neutraliza posibles emociones adversas. Toda esta información fue debidamente suprimida al público general, accesible solo para los principales investigadores, que siguen trabajando para buscar nuevas soluciones y mantener las actuales en funcionamiento. Ellos son los únicos que tienen permitido conservar los recuerdos y mantener sus cuerpos intactos, continuando su trabajo de una vida en la siguiente, sin otras interacciones emocionales que puedan interferir con su conocimiento. Supongo que eso explica la distancia social que mi anfitriona mantiene siempre conmigo.

Por muy distópica que pudiese haber sonado su historia en mis oídos de la semana pasada, encuentro las suficientes conexiones como para saber que lo que me ha contado es verdad. Quizá, si no hubiese sufrido el ataque de pánico la tarde anterior, no me lo habría creído tan fácilmente, pero por fin cobra sentido. Tengo la suficiente claridad mental como para juzgar que la situación no es mala ni buena por sí misma, es lo que hay si queremos seguir viviendo en un mundo cada vez más hostil a nuestra presencia. Por eso se incentiva el permanecer en los núcleos urbanos, manteniendo las reservas naturales controladas en remoto y sin promover su visita. Los trenes que aún conservan estaciones en esos lugares son simples placebos originales para aquellos que necesitan caminar por un sendero de piedra durante unas horas, antes de regresar a la rutina. Ella no está tan de acuerdo con la escala moral que el resto de su

¿CÓMO SE SIENTE?

gremio defiende. Cree que hay otros métodos más naturales, más eficaces, de mantener a la humanidad con vida. Sondeo si es posible que me cuente más acerca de ello en la cabaña y asiente con una sonrisa. Eso están cansados de escucharlo. Aun así, dejan que investigue sin contacto con la sociedad a la que podría plantear ideas autolesivas. Mi llegada prueba que es posible convivir con los recuerdos, o eso quiere pensar. A partir de ahí, queda mucho por analizar, teorizar y fundamentar para que sea seguro extrapolarlo a toda la población. Por primera vez en toda nuestra estancia juntos, me pide permiso para ser sujeto de experimentos. Sin fecha límite ni obligaciones, simplemente acompañar su retiro por un bien mayor. Acepto encantado por la idea de permanecer en el lugar y de vuelta a la cabaña me comparte un formulario donde puedo solicitar aquellas cosas que necesite. El espacio que tenemos disponible sigue siendo el mismo, pero imagina que querré un cambio de ropa y alguna otra petición personal. Para mi sorpresa, me lleva toda la tarde responder a esas simples preguntas en la pantalla. Tras las horas de reflexión, caigo rendido sobre el sofá, emocionado por el futuro inmediato que me espera y tranquilo por el pasado que dejo atrás. Esta nueva vida puede que sea corta, puede que salve al mundo o simplemente suceda, pero la disfrutaré hasta mi último aliento sin preocupaciones innecesarias.